

PUNTO DE CRUZ

jazmina barrera

A las que bordaron junto a mí.

«No estés triste, Lili. Hallarás el hilo, y hallarás a la araña».

ELENA GARRO

A mediodía me metí a bañar. La humedad en el cuarto de baño iba creciendo en el techo, despegaba la pintura y alimentaba una colonia de hongos, primero verdes y después rojos, como en una tortilla vieja. Es el tipo de cosas que dejé pasar durante el primer año y medio de vida de mi hija, demasiado cansada y atareada como estaba para prestarles atención, pero ahora empiezan a molestarme.

Entré desnuda al cuarto, busqué la ropa y antes de vestirme escuché vibrar el celular. En la pantalla apareció un mensaje de Facebook, de Valentina Flores. Tardé un instante en recordar que era la tía de Citlali. Me muero de tristeza, querida Mila, decía. Se me parte el corazón cada vez que escribo estas palabras. Citlali tuvo un accidente en el mar de Senegal y se ahogó. Ya traemos sus cenizas de regreso. Lo siento tanto, mi niña. Ella te adoraba y yo sé que tú a ella también.

Me dolió la cabeza como si me hubieran roto la cara. Como si me estuvieran tratando de succionar el cerebro por

los ojos y no pudiera abrirlos. No sé cuánto tiempo estuve abrazando la toalla, sentada en la cama, procurando llorar en silencio para no llamar la atención de mi hija y de Andrés. En mi cerebro se sobreponían imágenes breves y dolorosas, como murciélagos en una cueva: el rostro de Citlali con los labios azules; sus manos luchando contra el mar; su boca abierta, tragando agua salada; su cuerpo flotando entre algas, espuma y botellas de plástico. Todo se mezclaba con la risa y el canto agudo de mi hija, que bailaba con su padre un disco de The Breeders. El cabello húmedo escurría sobre mi cuello. Me costaba respirar.

Al rato su padre la dejó entretenida con algún juguete y entró en la habitación. ¿Pero cuál amiga?, preguntaba. No la conoces, decía yo, la viste sólo una vez. ¿La del perro con parvovirus? No. ¿La punk?, ¿la ingeniera?, ¿la pelirroja antiniños?, ¿la rubia antiniños?

Sonreí, y al momento me di cuenta de que mi nariz empezaba a escurrir sangre. Andrés fue por algodón para detener la hemorragia. No tuve fuerzas para explicarle quién era Citlali. Hasta después, hasta la noche empecé a intentarlo.

¿Es la que vivía en España?

No —le digo a Andrés—, esa es Dalia, Citlali se mudaba todo el tiempo. Al final vivía en Brasil, pero se la pasaba viajando, porque trabajaba en una ONG ecologista.

Ah, ¿y la conocí? ¿Una de pelo negro, morena?

No, esa era Dalia. Citlali era de cabello claro y corto, muy delgada.

¿La que usaba ropa medio masculina?

Sí, ella.

¿Y a las dos las conociste de niñas?

En la adolescencia.

Pero luego estudiaste con Dalia.

No la misma carrera, pero sí en la misma facultad.

Ah, ya, creo que ya sé.

Desperté muy tarde al día siguiente y lo primero que hice fue escribirle a Dalia. Respondió unas horas después. Escribió sólo: Ya sé. No supe qué más decirle y supongo que ella tampoco.



La etimología del verbo «bordar» tiene una raíz indoeuropea (*bhar*) que significa «punta, aguja», que la emparenta con la palabra *fastus* del latín, que dio «fastuoso» y «fastidio». «Bordado» y «bordar» vendrían después del francés antiguo *bord*, que significa «lado de la nave». Ahí se relaciona con la palabra «borde», porque el bordado se usaba para decorar el borde de la tela.

Del siglo X es un pasaje del *Libro de Exeter* que dice en anglosajón: *Faemne aet hyre bordan geriseth*. La traducción de esta frase es ambigua, porque la palabra «bordan» significa «bordado» y también «borde». Hay quien la traduce: «El lugar de una mujer está junto a su bordado». Una traducción más libre podría ser: «El lugar de una mujer está junto al abismo».



Estuve días sumida en una tristeza muy honda por la muerte de Citlali. Me distraía con la rutina diaria, con los cuidados de mi hija, que exigen una atención absoluta, vivir en el más estricto presente, pero cada momento de calma me regresaba la pena revuelta con enojo. Todavía se me revuelve: estoy furiosa con ella, por haberse dejado vencer, por no haber logrado nunca desafiar al idiota de su padre ni recuperarse de la muerte de su madre, por no haber logrado reponerse de sí misma. En mi egoísmo más profundo le reprocho también haberse rendido del mundo en el que ahora también vive mi hija, haberme abandonado en mi nueva vida, ahora que tanto echo en falta su humor y su cariño. Pero otra parte de mí está enojada conmigo misma, se siente impotente y a la vez responsable de no haberla cuidado mejor. El coraje y la desdicha se me turnan por oleadas.

Tardé un par de días en responder el mensaje de la tía Valentina. Le dije lo mucho que me dolía la noticia y que me angustiaba no saber más detalles, que me explicara lo que le pasó a Citlali. Me repitió lo mismo que había dicho en su mensaje anterior: que Citlali se había ahogado en el mar de Senegal; se metió a nadar y nunca salió. Encontraron su cuerpo horas después, en la playa. Nada en sus palabras me aclaraba si había sido un suicidio o un accidente.

Las cenizas las tenía su padre. Las había puesto en la sala de su departamento. Yo quería saber exactamente en qué parte del departamento, pero decidí mejor ir a averiguarlo yo misma.

Le pregunté si pensaban hacer alguna ceremonia de despedida. Habría que hacerla, sí, respondió, pero yo no tengo cabeza, estoy destrozada. ¿Podrías ayudarnos tú a organizarla? Me tardé unos segundos en responder, pero dije que sí, por supuesto. Le pedí una fecha, dije que contactaría a sus amigos y que pensaría cómo hacerlo.



Decido dejar un rato el bordado para hacer esas llamadas. Llevo días sintiéndome culpable de postergarlo. No sé cómo puedo bordar y pensar en Citlali y no pincharme los dedos. Me propuse empezar hoy, aunque me cuesta un mundo hacerlo. Por ahí guardo una antigua libreta de teléfonos donde debo tener apuntados los celulares de algunos amigos de la preparatoria. Quizás unos pocos hayan conservado el mismo número.

Revuelvo el cajón más desastroso de mi escritorio, pero antes de encontrarla me topo con otra libreta, la del viaje a Europa, y me siento a hojearla. Con la muerte de Citlali, los recuerdos que compartíamos se me vinieron encima, porque ya no está ella para ayudarme a cargarlos. Emergen por todos lados imágenes, escenas y conversaciones que no sabía que había olvidado, secretos y recuerdos sólo nuestros y otros que compartíamos con Dalia. En esta libreta hay huellas de esas vivencias de las tres, fotos y notas de lugares que visitamos juntas, y una colección considerable de basura pegada al papel: boletos de museos, de metro, hojas secas, la envoltura de un chicle. Hay suficiente información en esas

páginas, en esos cachitos de papel y en esas frases, para reconstruir y recordar el itinerario, aunque sé perfectamente que recuerdo mal, que me invento la mitad de las cosas. Más de la mitad. Me da lo mismo.

Encuentro el boleto de Air France y recuerdo nuestro viaje, a los diecinueve años, como si pensara más bien en un sueño. Desde el último año de preparatoria, Dalia trabajaba los fines de semana en una librería de Coyoacán, pero en realidad su pasaje había sido un regalo de su tía lesbiana. Tanto Dalia como yo éramos hijas de padres separados, lo que para entonces ya era muy usual, pero también nos unía esta coincidencia que nos parecía más rara: ambas teníamos tías lesbianas y solteras —fantaseábamos con juntarlas en una cita a ciegas, pero nunca quisieron—, que eran casi como otras madres para nosotras, pero con un poco más de poder adquisitivo y mucho más capitalistas. Mi tía compró mi pasaje sin chistar, aunque seguramente lo pagó en muchas cuotas. A última hora apareció mi padre, que debía cuatro años de pensión alimenticia, para entregarme un sorprendente y culposo fajo de dólares que guardé en el brasier, como mi madre me había recomendado.

El motivo del viaje era visitar a Citlali, que llevaba seis meses en Francia. Pocos días antes del vuelo nos mandó un correo diciendo que había pasado dos días sin comer por falta de dinero, y entonces el viaje se volvió urgente: íbamos a rescatar a nuestra amiga, a ponerla a salvo y a traerla de regreso, como yo quería, aunque eso último era motivo de controversia con Dalia.

La misma mañana del viaje Citlali mandó otro correo, casi un telegrama, que decía sin más que no podía vernos en Londres, que nos alcanzaba en París la siguiente semana. Le preguntamos qué había pasado, si estaba todo bien, le dijimos que por favor lo reconsiderara, que le prestábamos dinero para costear los viáticos en Londres, pero en el fondo sabíamos que no había nada que hacer; Dalia y yo pasearíamos solas por Londres y después, si Citlali no llegaba a París, nosotras mismas iríamos por ella al pueblo de la Provenza donde estaba.

Mi madre, por lo demás completamente atea, me perdonó al despedirse, pero al menos aceptó quedarse en casa. La madre de Dalia, en cambio, insistió en llevarnos al aeropuerto. Nos preguntó si teníamos cargados los teléfonos, si traíamos apuntada la dirección del primo de Dalia en Londres, si llevábamos el teléfono de Citlali anotado para emergencias. Ya te dije que no viene a Londres, que nos alcanza en París, respondió Dalia, impaciente. Pero para emergencias, repitió su madre. ¿Qué va a hacer ella en una emergencia desde Francia?, Dalia se exasperó y yo las interrumpí. Tomé un mechón del cabello de Dalia entre mis dedos: Tu mechón rojo ya es oficialmente rosa. ¡Ya sé! Se decoloró muy rápido, pero creo que me gusta más así. Me sonrió, olvidándose de Marie —su madre— por un instante. Entonces Marie soltó un suspiro y un «sea por Dios» —detestaba que Dalia se hubiera teñido—. Le dio dos besos fuertes de despedida y me pidió a mí (y no a Dalia) que avisáramos al llegar a Londres.